

De Mérida a París

Simone de Beauvoir

Hotel Colón
Mérida, Yucatán. México.

Jueves 27 de mayo (1948)

En lo sucesivo, escríbame a
Guatemala, Lista de Correos.¹

Mi querida almita, mi corazón. ¿Sabe?, fue maravilloso dejar Nueva Orleans ayer a las ocho y al mediodía aterrizar en el corazón de Mérida. Realmente es como saltar con los pies juntos de un mundo a otro. El avión vuela sobre esa extraña costa lisa y acuosa que va de Nueva Orleans al mar; desde las alturas se ve un paisaje magnífico, ríos, meandros y estanques invadidos por lenguas de tierra negra y cenagosa; y el océano; y de pronto las brumas del Yucatán y, sumida entre más brumas, una ciudad solitaria bajo el sol: Mérida. Al descender en el aeródromo deslumbra la profusión de enormes flores rojas bajo un cielo que aún parece más azul por contraste con los inmensos cúmulos que están suspendidos en él. Jamás había visto nubes tan bellas. En cuanto llegué a la aduana me sentí inmersa en esa atmósfera miserable, perezosa y turbia de los países mediterráneos; los aduaneros se reían socarronamente y acariciaban sus finos bigotes negros sin ni siquiera tocar las maletas. Los trabajadores de Ramateulle² eran estajanovistas comparados con la gente de aquí. Tres estafadores cuyo título oficial es el de agentes turísticos se abalanzaron sobre nosotros y uno de ellos nos acompañó en taxi hasta el hotel para ofrecernos sus servicios a un precio desorbitado. No fuimos al Mérida, que es más lujoso, nos quedamos en el Colón, que es encantador; tiene unos baños turcos de una perfección parecida a los del Alhambra, con sólo abrir la puerta, el vapor te tumba de

Cartas a Sartre, de Simone de Beauvoir, edición y notas de Sylvie Le Bon de Beauvoir, editorial Lumen, España, 1997. pp. 709-712.

espaldas. No entiendo por qué los países cálidos cultivan lo de los baños turcos si la calle ya es un horno. Aunque también tiene una piscina de agua fría bajo las palmeras y puede una bañarse bajo la mirada fija de grandes pájaros negros (grandes como pavos) que se posan sobre la pared. La habitación es fresca, embaldosada, una delicia. En cuanto al tiempo, hace calor pero hemos soportado climas peores. A. me somete al suplicio de hacerme caminar bajo el sol del mediodía para que él pueda tomar fotos; no es —ni de lejos— tan asfixiante como en Roma, por ejemplo; sopla un poco de brisa y a partir de las seis de la tarde la temperatura es absolutamente deliciosa. Parecen estar constantemente esperando que llueva, pero son ráfagas cortas y violentas que suelen caer a primera hora de la tarde y prácticamente ni molestan. No esperaba gran cosa de Mérida, quizás por eso estoy tan deslumbrada. Una auténtica ciudad mexicana a la que América no ha llegado: ni un solo *drugstore*, ni siquiera para turistas. Los hombres van de

Jean-Luc Godard, Sartre y Simone de Beauvoir en 1970. Fotografía de Bruno Barbey. Ediciones Hazan, París, 1994.





blanco con grandes sombreros de paja y las mujeres llevan una especie de camisones blancos con bordados de vivos colores en el cuello y en el dobladillo de las faldas y el pelo recogido en un moño sobre la nuca. Son como puras sangres indias, en sus bellos rostros anchos y chatos reflejan todas las características mayas. La plaza central es una de esas plazas españolas con arcos que tanto nos gustan; hay una iglesia bella y vetusta, con árboles y frondosos arbustos en el centro, preciosos bancos de piedra, un montón de hombres ociosos que dejan pasar las horas y bullicio de vendedoras de fruta, tortitas, helados, bebidas frescas, etcétera; el medio de transporte son unos viejísimos coches de punto, parecidos a los antiguos *cabs* ingleses, arrastrados por caballitos, que por las noches se iluminan con linternas. Cuestan cinco pesos (menos de un dólar) por hora y son encantadores. Ayer en cuanto estuvimos instalados nos fuimos a almorzar bajo los arcos, en un restaurante popular y comimos pollo a la catalana con una cerveza negra excelente que fabrican aquí. Hay algunos barrios bellísimos de mansiones españolas con jardines cenagosos como aquel que nos gustaba tanto en Menton, pero mucho más frondosos, llenos de bananeros con sus ristras de plátanos, grandes flores rojas y violetas y fragancias de pimentón, pimienta y especias. Luego tomamos un baño en la piscina. Al atardecer estuvimos dando vueltas y cenamos en el bello hotel Mérida; se parece un poco al de Santa Fe, aunque el patio de éste está lleno de bananeros y otros árboles exuberantes y de grandes flamencos rosas que se sostienen dignamente sobre un pie. Y aunque no me gusten mucho ni las guayabas ni los plátanos cené correctamente. Por la noche estuvimos en un combate de boxeo que enfrentó al campeón local y a su adversario; fue muy divertido, ya que dos días antes habíamos visto un gran combate en Nueva Orleans. Sentíamos la diferencia de civilizaciones. El ambiente era parecido al de una corrida de toros. Había una estridente orquesta, con platillos, y cada dos minutos explotaba algún petardo; los boxeadores se subían al ring cuando les picaba y el vencedor daba la vuelta al ring saludando como un torero. Y al vencido, si se había portado bien, le tiraban pesos al vuelo para consolarle de su derrota. Los gritos y los aplausos sonaban, estruendosos. Los combates, brutales y torpes, y los boxeadores ridículamente mal escogidos: de

seis combates cuatro acabaron en K.O. y dos de ellos durante el primer *round*. En cambio el día de N.O. hubo tres *matches* nulos. Si tiene en cuenta que me había levantado a las cinco de la mañana comprenderá que fue una jornada realmente plena. Estuvimos paseando por las plazuelas hasta medianoche. Es un término medio entre los mercados meridionales y el zoco de Marrakech, aunque se parece más a este último; sobre todo cuando sus avenidas se llenan de entoldados y puestecillos. ¿Se acuerda del bullicio del Pireo y de Marruecos? Pues es algo así sólo que con mexicanos en lugar de árabes y griegos. Los de aquí parecen de buena raza, las mujeres tienen la tez morena y grasa y al envejecer sus rostros parecen tallados en madera. Orgía de frutas, sospechosos caramelos, gambas, pasteles, zapatos, cotonadas, estábamos fascinados. Lo más increíble era una nave inmensa donde la gente se acodaba en mostradores a comer frituras y salsas espesas y olorosas que cocinan en unos infiernillos: me recordó bastante la plaza Djhenna el Fna. Ahora es la una y me voy a comer. A las cuatro nos marcharemos a Chichén-Itzá en un coche para turistas; es una antigua ciudad maya deshabitada que por las fotos parece impresionante: pirámides, tumbas y templos. Nos quedaremos uno o dos días. Después más ruinas, el domingo corrida de toros aquí y creo que el miércoles que viene habremos visto el Yucatán (lo que se puede ver porque no es muy accesible) y nos marcharemos a Guatemala que está a dos horas en avión.

Ando un poco mareada con tantos idiomas, intento expresarme en el poquito español que recuerdo y cuando tengo que hablar con A. vuelvo al francés. O, por el contrario, pensando que tengo que hablarle en una lengua exótica, le hablo en español. Estoy hecha un lío.

Acerca de los dos últimos días en N.O. no hay gran cosa que contar, fueron muy agradables: paseos en tranvía, en taxi, a pie, combate de boxeo, risas, whiskies, bares. Y una succulenta cena en Antoine. A A. se le pusieron los ojos en blanco, no sabía ni que existiera una cocina como aquella. Y el local es de lo más agradable, me pregunto cómo pude perdermelo la primera vez. No había telegrama suyo, aunque quizás no ha estado en Londres. Espero recibir carta suya dentro de tres o cuatro días. Siga trabajando

bien, mi pequeño; prepárenos un magnífico verano: me alegrará trabajar otra vez como en Abisko.³ Piense en su Castor, repítase que es feliz y que aún lo será más cuando vuelva a verle a usted. No le he abandonado, mi pequeño aliado, corazón mío. Lo abrazo con toda mi alma.

Su encantador Castor

NOTAS

- 1 Relativo a este viaje, véase *La Force des Choses*, NRF, pp. 173-178; Folio, pp. 220-226, tomo 1, así como *Los Mandarines*.
- 2 Adonde Sartre y ella habían bajado recientemente con ocasión de los ensayos de Manis Sales. Véase FC, NRF, p. 169; Folio, p. 215, tomo I.
- 3 Ciudad del extremo norte de Suecia donde Sartre y ella estuvieron en agosto de 1947. El descubrimiento de Laponia le produjo una viva impresión, así como las conversaciones que mantuvo con Sartre durante un período difícil. Véase FC, NRF, p. 149; Folio, p. 189, tomo I.

Sartre y de Beauvoir en París,
en 1963. Fotografía de Gisèle
Freund.

